



RECUERDO con verdadero horror aquellos tiempos bíblicos en los que la gente se resistía a morir y duraba quinientos años, o más. Eran situaciones desproporcionadas, a todos los efectos. Y, de pronto, cuando se moría alguien, el cadáver adquiría una gran importancia y su familia se comportaba con ostensible presunción. Sabían que el próximo cadáver tardaría otros quinientos años en producirse. Tiempos difíciles aquellos. Las cosas han cambiado desde entonces. La gente se muere con cierta fluidez y los cadáveres, ya sin halo, no alcanzan el éxito legendario de aquellos lejanos días. Hoy la muerte es un acto rutinario, burocrático, que hemos sabido elevar a acto social. Ahora se muere uno en la carretera o de un infarto con la naturalidad y buenas maneras de quien asiste a un cocktail. No hay fiesta

MORIRSE ES DE BUEN GUSTO

familiar, quiero decir, ni signos celestes, ni nada. La muerte ha sido secularizada como antes fue secularizado el fuego, o la noche, o el disco del sol, o la lluvia. Morirse es un trámite, y, en algunos casos, una sabia previsión. En el vertiginoso discurrir de nuestra sociedad no alcanzamos a saber con puntualidad si cierta persona conocida se ha muerto o es que le han dado un premio literario o lo han detenido por

atracar un banco. Las listas suelen confundirse y los más encontrados sentimientos progresan juntos. A mí esto me parece bien, no hay que hacer una escena por morir. De otra parte sospecho que muy raramente se muere uno sin estar ya muerto de antemano. El que se va a matar en un coche cualquier fin de semana, al que le estallan las vísceras ante el vencimiento de un paquete de letras, huele dos días antes. Pero esto no importa, es un detalle más de la organización. Hoy los muertos son algo espontáneo, higiénico, aséptico; se diría, viéndolos, que no tienen nada que ver con la ultratumba, y que podrán seguir haciendo las mismas cosas de siempre. La verdad, creo que en este sentido hemos avanzado bastante.

LICANTROPO